

Panamá

LA República de Panamá, apellidada por Bolívar el puente del universo en vista de su admirable posición geográfica en que los dos mayores océanos de la tierra se confunden en un beso de paz y en que las dos grandes porciones del continente americano se tienden las manos fraternalmente, está llamada a un gran porvenir, a ser la Suiza americana.

Políticamente es una república unitaria, dividida en nueve provincias. Las funciones del Estado están delegadas en los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. El primero lo compone una Asamblea Nacional cuyos miembros son elegidos por el pueblo. Hoy son 33. En 1924 llegarán a 40 en vista de la cifra que arroja el último censo. La Asamblea se reúne por derecho propio el primero de setiembre cada dos años, por noventa días prorrogables por treinta más. Puede también ser llamada a sesiones extraordinarias por el Presidente de la República cuando lo crea necesario.

El Poder Ejecutivo lo ejerce el Presidente de la República con el concurso de cinco secretarios de Estado, de su libre nombramiento y remoción, los cuales desempeñan estas carteras: gobierno y justicia, relaciones exteriores, hacienda y tesoro, instrucción pública, fomento y obras públicas. El Presidente es elegido por cuatro años, por voto directo y secreto de los ciudadanos.

El Poder Judicial lo ejercen la Corte Suprema de Justicia y los jueces superior, de circuito y municipales. La primera la componen cinco magistrados nombrados por cuatro años por el Presidente de la República. Ella a su vez nombra los jueces de circuito y el superior y éstos los municipales. El juez superior tiene a su cargo los juicios por jurados.

La población de Panamá se acerca al medio millón. El territorio es de 88.500 kilómetros cuadrados y se extiende desde los 6°50' hasta los 9°41' de latitud norte y desde los 77°14'55' hasta los 82°32' de longitud occidental del meridiano de Greenwich. Limita por el este con Colombia, de la cual formó parte hasta 1903, y por el oeste, con Costa Rica. Al sur y al norte con los océanos Pacífico y Atlántico (mar de las Antillas) respectivamente. Goza de un verano casi continuo, con dos estaciones: seca de diciembre a abril y lluviosa, de mayo a noviembre. La temperatura más baja registrada en muchos años es de 15° centígrados y la más alta de 36°. Los vientos son moderados: rara vez corren a más de 40 kilómetros por hora. El clima es

agradable y se usa siempre ropa de verano.

Las rentas nacionales llegaron a veintiocho millones en 1921. Y están calculadas en treinta y ocho millones para 1924. La deuda nacional no pasa de diez millones. En los últimos años las entradas han sido mayores que los gastos en algo así como seis millones de francos franceses en oro.

La República de Panamá vive hasta ahora una vida comercial, pero está llamada a un gran desarrollo agrícola. Sus vastas llanuras, sus tierras altas y montuosas, su clima agradable y su diversidad de cultivos convidan a la inmigración. Abundan las perlas en la región del Pacífico, y en todo el territorio las minas de oro, plata, cobre, manganeso y cal. Está comprobada la existencia de ricas fuentes de petróleo. Sus terrenos son ricos en vegetación y propicios al cultivo de la caña de azúcar, el cacao, el café, el algodón, el arroz, los bananos, las naranjas, las piñas, las palmas de coco y la

quina. En los bosques se encuentran maderas de construcción y de tinte, caucho, chicle y marfil vegetal.

Hay cuatro pequeñas líneas férreas y se adelanta la construcción de caminos modernos en una extensa red. Las ciudades de Panamá, Colón, Bocas del Toro, Aguadulce, David y Chitré son las principales y gozan de todos los *conforts* modernos, sobre todo las dos primeras, que no tienen nada que envidiar a ese respecto a las mayores capitales del mundo.

La inmigración sana y laboriosa es deseada con anhelo, sobre todo si ella proviene de los países europeos y se compone de individuos capaces de resistir el clima, de respetar las leyes, de guardar sanas costumbres y de hacer producir ciento por uno las feraces tierras de labor que parecen convidar a que se las cultive. Los hijos de la Europa central que disfrutaban de un clima no muy riguroso se harán fácilmente al clima de Panamá y, por lo sencillas, a las costumbres del país.

GMO. ANDREVE

(L'Amérique Latine, París).

INTERPRETACIONES

“La Revista de Occidente”

I

Los pueblos—como los hombres—tienen su segunda infancia. Y los organismos caducos tornan a hacerse balbuceantes y frágiles; vuelven la indecisión y el bucear afanoso e inútil. Luego, en los hombres, la totalidad serenada del silencio definitivo; y en los pueblos, el renacimiento, tímido al comenzar, después impertinente y terco, gracias al fondo latente de experiencias ancestrales.

Tal la trayectoria de la España contemporánea.

El momento finisecular la encontró desalazada y floja: era una Meca mohosa que guardaba, con alma sórdida de avaro, la osamenta de un pasado turbulento. La silueta shakesperiana de Juana la Loca, precisaría en afilados relieves la hora española de entonces. El mismo desequilibrio exaltado, y el angustiado memorar de esa locura coronada, vivía en la expectativa dolorosa de la Península enferma.

Vino luego el renacer promisorio del 98 y, tras desorbitado gestar, la iniciación—post guerra—de un devenir promisorio: en lo político, la aventura indescifrable de Primo de Rivera; en lo intelectual—y muy anterior—el

laborar desesperado de un grupo de cultura angular. Y José Ortega y Gasset es el vértice más audaz de ese grupo renovador. Y de la España de hoy.

II

La cultura española sólo ha llegado hasta nosotros a través de los tipos más achulados de su teoría intelectual. Zamacois vivió en América su vida ambigua de Don Juan suburbano gracias a la crueldad torturada con que exhibió, como homúnculos de guignol, a sus camaradas y amigos. Blasco Ibáñez, novelista de barraca, inundó las librerías americanas de páginas esponjosas para halagar el perenne cuaternarismo literario de la canalocracia yanqui. Y el buen Villalpessa—un día glorioso—vino hasta nosotros en plena decadencia, igual a esos toreros trágicos que pasean por nuestros circos desolados sus ataxias claudicantes. Y así el oro de Indias cantó, otra vez, en las bolsas de estos *azotes de judíos*.

Sin embargo, Valle Inclán, Benavente, Ortega Gasset y Pérez de Ayala, salvan, con su paso fecundo por estas tierras solares, del fracaso concluyente a la quebradiza intelectualidad española.